

PRÓLOGO

Eduardo Castañeda aplastó el cigarrillo a medio consumir contra la suela de su zapato y lo arrojó al interior de una papelera atestada de flores de plástico, un tanto desvaídas a fuerza de yacer días enteros bajo el sol impenitente del verano. Alzó la cabeza y un soplo de viento le revolvió los cabellos perlados de sudor. Se pasó la mano por la frente húmeda. Hacía muchísimo calor en el inmenso y vetusto cementerio general de Valencia y la camisa se le pegaba a la espalda como una segunda piel. Era desagradable, pero qué podía hacer.

Se encontraba de pie bajo la techumbre del Patio de Columnas, un enorme rectángulo compuesto por ciento setenta columnas dóricas cuyo levantamiento dejó en su época casi sin presupuesto el proyecto de construcción del resto del cementerio. Tras las columnas, descansaban hileras interminables de nichos viejos y nuevos. Al otro lado se desplegaba un patio cuajado de tumbas con cruces y ángeles de polirresina, de mármol y de granito, y salpicado de árboles que se mecían quedamente al son solemne de los llantos musitados que se derramaban a su alrededor. Siempre resultaba triste enterrar a un niño pequeño, y para Eduardo era más triste aún porque se trataba de su hijo.

No deseaba mirar a la gente que se agitaba en torno a él, de modo que dirigió la vista un poco más allá, a la imponente cruz blancuzca que se erigía en el centro del patio, sobrecogedora en toda su extensión y construida en honor a las víctimas de las epi-

demias de cólera que habían azotado la ciudad durante el siglo XIX. El monumento estaba custodiado por cuatro palmeras de hojas de un verde vivísimo. Eduardo pensó que tal vez el hombre sentado en la escalinata estaba explicándoles eso mismo al grupo de personas que lo escuchaban con atención. Pensó si también les habría contado, mientras les permitía tomar unas cuantas fotografías, que allí mismo, bajo la cruz, bajo la tierra que pisaban, descansaban las osamentas de decenas de víctimas sin nombre. Una fosa común sellada con cal y arena.

Exhaló un largo suspiro. Una gota de sudor se le enredó en las pestañas del ojo derecho. Parpadeó un par de veces y la gota desapareció. Las flores que languidecían en la papelera le devolvieron un murmullo quedo. Eduardo las examinó durante unos instantes, meditativo, y concluyó que aquella decadencia imperaba habitualmente en los cementerios. Uno perdía a alguien querido y entonces acudía al cementerio una o tal vez dos veces al año para reemplazar los olvidados ramos de flores que adornaban los nichos por otros ramos nuevos y hermosos. Y se largaba, hasta la próxima vez.

Pensó si acaso iba a sucederle lo mismo a él. Si su hijo, al que acababan de enclaustrar en esa lóbrega oscuridad a la que no se atrevía a mirar de nuevo, se convertiría con el tiempo en un recuerdo que visitar una vez al año para orlar de flores. El hombre que parlamentaba en la cruz captó otra vez su atención. Había revelado algo importante, porque la gente, de súbito conmovida, contempló el suelo bajo sus pies. Algunas lágrimas se derramaron, que fueron pronto apresadas en pañuelos de papel.

—Lo lamento mucho, Eduardo. Ya sé que no paro de repetírtelo, pero...

La voz afligida de Torcuato Garcés, viejo amigo y compañero de trabajo, lo devolvió de una bofetada a la realidad. Torcuato había estado a su lado desde que la pesadilla comenzó, y también

LA CIUDAD MIMÉTICA

su mujer, Aurora. Ella permanecía en silencio, emitiendo solamente un llanto contenido que ahogaba contra el hombro de su marido.

—Primero lo de Marisa, y ahora esto... —Torcuato se cubrió la boca con el dorso de la mano y negó con la cabeza—. No hay derecho. Te juro que me cabrea cuando a las buenas personas les suceden cosas malas.

Eduardo se encogió brevemente de hombros y pensó un poco en Marisa, su mujer. Quedó atónito al descubrir que ya casi había pasado un año. Ni se había enterado. Marisa se fue de casa una tarde borrascosa de verano, pero no regresó. Nadie de la familia volvió a saber una palabra de ella y a todos les había parecido sumamente extraño. Porque Marisa no se había llevado ropa, ni dinero, ni efecto personal alguno salvo su teléfono móvil, cuya señal la policía fue incapaz de rastrear. Naturalmente, Eduardo denunció la desaparición, y pese a que el caso continuaba abierto, no poseían ninguna pista concreta que condujese a su paradero.

«Bueno», se dijo Eduardo, «mejor así». Marisa había tenido la fortuna de no asistir al entierro de su hijo.

El sepulturero tomó con unas manos gruesas y encallecidas el último puñado de cemento que iba a sellar para siempre el nicho del niño y luego lo extendió con una llana a modo de puerta provisional, hasta que estuviera lista la bonita lápida de granito negro que Eduardo había elegido.

Sintió la mano de Torcuato estrechándole el hombro un par de veces y experimentó un leve estremecimiento que le resultó desagradable. Era el signo incuestionable de que todo había llegado a su fin, de que su niño se marchaba para siempre y que lo último que le quedaba de él, esa aura fantástica de los postreros instantes que permanece bamboleándose tras un entierro, pronto se desvanecería también. Cuando todos se hubieran marchado. Incluso cuando él mismo se hubiera marchado.

El sepulturero se limpió las manos en los pantalones y le dedicó a Eduardo un gesto condescendiente con la cabeza. Guardó las herramientas y lo que había sobrado de la pasta de cemento, y se montó en el vehículo con elevador que había empleado minutos antes para subir el féretro y colocarlo en el interior del nicho. Eduardo lo siguió con la mirada y lo vio desaparecer en dirección a la iglesia. El resto de la gente comenzó a dispersarse despacio.

Pero él no se movió. Sentía como si tuviera los pies enraizados al suelo, como los árboles majestuosos que custodiaban las tumbas, los mausoleos de enigmáticas historias y los panteones de personajes ilustres. Torcuato le dijo que se tomara su tiempo, que no tenían prisa, que se quedaría a su lado hasta que cerraran las puertas, si hacía falta. Aurora le dijo lo mismo. Porque Eduardo no tenía más familia que aquellos amigos conservados a base de momentos compartidos.

Y Eduardo se encogió de hombros y asintió de forma distraída mientras introducía la mano en el bolsillo de su pantalón para palpar el contorno del que había sido uno de los juguetes favoritos de su hijo. Un perrito de color rojo que emulaba a algún personaje de alguna serie de dibujos animados. Eduardo no la conocía. Pero en ese momento recordó cuántas veces el niño le había hablado de aquella serie, y cuántas veces él le había mandado callar con un gruñido, argumentando que no tenía tiempo de ver dibujos porque debía trabajar el doble, ahora que su madre se había marchado. Siempre lo decía con cierta acritud, como culpando a Marisa de que él no tuviera tiempo para dedicarle al niño, pero el pequeño parecía no darse cuenta y a Eduardo le parecía mejor así.

Con el muñeco enterrado dentro del puño, Eduardo lamentó no haber prestado más atención. Ni siquiera sabía las cosas que se había perdido del niño, de tan ausente que estuvo durante casi toda su vida. Extrajo el juguete del bolsillo y lo contempló despacio. Si se llevaba el muñeco a la nariz y aspiraba con los ojos cerrados, aún

LA CIUDAD MIMÉTICA

podía olerlo. El aroma de su hijo. Ese que pertenece solamente a una persona determinada. Jamás hay dos iguales. Eduardo recordó lo mucho que había amado esa fragancia que emergía del nacimiento del pelo del niño y que era, sobre todo, más intenso en la zona de la frente. Desconocía la razón de ese amor desaforado y de por qué, a veces, por la noche, cuando le daba un beso antes de acostarlo y aspiraba ese olor, sentía que lo quería más que nunca. La biología asegura que se trata de un olor primitivo y animal. Un olor que hace que una madre reconozca a una cría como suya y la ame incondicionalmente, y nazca en ella el deseo de protegerla. Cuando una madre aspira ese olor en su cría, se le desborda todo y se convierte en un ser capaz de cualquier cosa.

La reminiscencia de ese momento ya tan lejano hizo que Eduardo se preguntara por qué las cosas habían tenido que terminar de aquella manera. Porque él había amado al niño de forma absolutamente profunda y visceral, esa era la verdad. Entonces, ¿por qué sucedió? ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué demonios tuvo que asustarlo?

Con un parpadeo, contempló la pared de cemento recién aplicado. Los empleados de la funeraria le habían asegurado que le avisarían convenientemente cuando la lápida estuviera lista. Incluso le ofrecieron la posibilidad de personalizarla. Según decían, y Torcuato había asentido muy convencido, era algo que se hacía en casi todas las ocasiones. Quedaba muy bien aparentar que la sepultura importaba tanto o más que las exequias. Porque estaba destinada a perdurar. No se trataba más que de una frase o un dibujo grabados con láser de alta precisión. Y ya estaba. La muestra imperecedera del amor de los familiares.

Eduardo consintió, aunque fue incapaz de pensar en algo que describiese cómo era el amor que sentía por su hijo. Porque, ¿cómo podía explicar lo henchido de felicidad que supo a su corazón el día que le posaron al recién nacido entre los brazos? ¿Cómo podía plasmar en una frase lo que experimentó cuando el niño aferró su

dedo tan fuertemente que le pareció que jamás iba a soltarlo? ¿O cuando musitó «papá» por primera vez y él se rio sintiéndose un estúpido por la lágrima que se había deslizado por su mejilla al oírlo?

Nunca fue un gran comunicador, de modo que solo puso: «Te quiere, tu papá».

Se arrodilló y colocó con sumo cuidado el muñeco en el suelo, frente al nicho que despedía el sutil aroma del cemento recién aplicado. Musitó algo ininteligible mientras con el rabillo del ojo veía a la gente que todavía no se había marchado. Torcuato, Aurora, la profesora del colegio del niño, algunos vecinos, sus tías abuelas...

Las tías abuelas eran, en realidad, las tías de Marisa. No eran nada suyo, por fortuna. Él no les caía bien a ellas, aunque ellas tampoco eran santas de su devoción. Las llamaba «las jodidas gemelas doble A», porque eran gemelas y porque sus nombres comenzaban por la letra A. Y porque eran terribles. Unas ancianas insufribles, que ahora se estremecían y lloraban y gemían como si el niño muerto fuera suyo.

Las miró un instante, y una de ellas, Adelaida, la más pérfida, le dedicó una mirada colmada de rabia y desdén. Eduardo pensó que, si pudiera, lo mataría con esas manos menudas de dedos engarfiados. Se acercaron al nicho, a pasitos cortos, con los brazos entrelazados, y Eduardo las vio depositar en el suelo un gran ramo de girasoles rutilantes mientras decían, entre gemidos: «Ay, mi Angelito; ay, mi Angelito... Qué desgraciadito has sido, hijo». Eduardo no les dijo nada, pero habría destrozado ese ramo de no haber tenido tanta gente delante. Y quizá habría hecho todavía más, de haber podido. Las ancianas murmuraron una plegaria, se santiguaron y abandonaron despacito el patio de lápidas.

Eduardo se levantó y observó el resto de los rostros compungidos, y percibió los silencios complacientes que se dibujaban en sus miradas cada vez que se dirigían a él. Por lo visto, pensaban que

LA CIUDAD MIMÉTICA

necesitaba esas cosas. Una suerte de consuelo que caía irremediablemente en el pozo vacío y profundo de su corazón. Se alejó de ellos sin decir nada y se recostó en una de las columnas dóricas que daban entrada al centro del patio. Cuántos llantos y cuántas miserias y cuántas ignominias habrían visto, ahí plantadas impertérritas desde el siglo XIX.

Extrajo un cigarrillo de un paquete de tabaco parcialmente aplastado y lo encendió con calma. Desconocía por completo si estaba permitido fumar dentro de los cementerios, pero nadie le dijo nada. Se limitaron a mirarlo de reojo. Eduardo creyó ver en el fondo de aquellos ojos un retazo de reproche entremezclado al gran sentimiento de conmiseración que exhibían todos. No, claro que no le dirían nada. Acababa de perder a un hijo, por el amor de Dios. Que fumara el pobrecillo, si eso le hacía sentir menos ahogado.

Le dio una calada al cigarro y exhaló un penacho blanquecino de humo que se fue flotando hacia el cielo desnudo de nubes. Después se mordió el labio hasta que el dolor le resultó insoportable.

Todavía no había llorado. Ni en el tanatorio, ni en el velatorio, ni en el entierro. La gente parecía haber comprendido rápido la razón, como si hubiera una ciencia que explicase por qué uno no llora en el entierro de un ser querido. Los comentarios a media voz decían que Eduardo sufría una conmoción por lo sucedido, y que la condición del niño cuando fue encontrado lo había sumido en tal estado de estupor que resultaba normal la escasa muestra de emociones. Y es que, aunque el fallecimiento de un hijo debía destrozar por fuerza a cualquiera, hallarlo muerto en un bosque con el cuerpo plagado de contusiones, lo mataba a uno después de destrozarlo. Porque decían que había sido deliberado. Un asesinato.

Un gato se frotó contra sus piernas y lo desgajó de sus pensamientos. Eduardo lo miró y el felino le devolvió una mirada límpida y penetrante. Tenía el pelaje blanquecino, excepto en el rostro, donde una franja de pelo negro le cubría la parte superior como si

MARI CARMEN COPETE

llevara una máscara. El animal ronroneó antes de salir corriendo para acurrucarse junto a una gata tricolor que estaba dando de mamar a varios gatitos que se revolvían, traviosos.

Eduardo pensó que resultaba extraordinario. Incluso en ese páramo de muerte, la vida florecía. Porque la vida es así, perpetua, y se abre camino contra todo pronóstico.

Sus pensamientos volaron de vuelta al niño. Asesinado y luego abandonado en la soledad de un bosque sombrío. ¿No habría eso destrozado la cordura de cualquiera? Desde luego que sí, se dijo. No podía llorar porque se encontraba en estado de shock. Acusaba un profundo bloqueo emocional que le apesaba el llanto y le impedía comportarse de forma normal. Un suceso altamente traumático podía desencadenar esos problemas. El cerebro es muy complejo, qué se le iba a hacer.

Aquello lo tranquilizó un poco, y se persuadió a sí mismo diciéndose que quizá no era el monstruo sin sentimientos que creía ser.

De todos modos, se sentía como flotando en el interior de una burbuja, como si las palabras musitadas que escuchaba a su alrededor estuvieran muy lejos de allí. Comprendió que era incapaz de concentrarse. Le parecía que todo aquello no estaba pasando en realidad. Pero un nuevo vistazo al pequeño sepulcro que yacía indolente frente a sus ojos lo convenció de que sí era real.

Su hijo estaba muerto.